



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13525

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.— Tres meses, 4'50 id.— EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.— La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 18 DE DICIEMBRE DE 1906

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro. Correos póstales en París: M. A. Lacroix, 14, rue Rougemont; M. J. Jones, 21, Faubourg Montmartre.

¿APOSTOL DE LA PAZ?

Se ha concedido al Presidente Roosevelt el premio Nobel, de la paz, en atención á sus servicios como mediador entre Rusia y el Japón.

Difícil es que á nosotros, españoles, se nos represente la figura del Presidente Roosevelt con los rasgos de un apóstol de la paz, no obstante el premio Nobel que acaba de serle otorgado. Tenemos aún muy vivo el recuerdo del coronel de roughriders del Ejército sitiador de Santiago. Pero aun descontando ese breve episodio de vida militar del Presidente de los Estados Unidos, las líneas de su personalidad son viriles, rudas, enérgicas, de combatiente y de profesor de energía. El *Nemrod incansable* de las praderas americanas, el compañero de los *cow boys* en los ranchos del Far West, no parece llamado á competir con Tolstoi ó Berta de Suter, la autora de *¡Abajo las armas!*, un plácido apostolado de la paz. De ser apóstol, sería un apóstol belicoso, debelador de sus enemigos, como nuestro clásico Santiago. Hasta en su vida política, la lucha contra los *trust* y contra el *tigre* de las immoralidades neoyorkinas, que mora en Tammany Hall, semejan trabajos de Hércules ó de Iseo, empresas de combate.

Con todo, el nombre de Roosevelt va unido al mayor acontecimiento de la paz que registran los fastos del año anterior: á la terminación de la guerra ruso-japonesa. Ciertamente, estas mediaciones sólo prosperan cuando los beligerantes están ya persuadidos á admitirlas; pero la Historia tiene, como la vida social, su parte representativa, que encarna los hechos difusos en un personaje ó en un hecho.

La paz la hicieron Tsushima, Puerto Arturo, Muckden, los triunfos de las armas japonesas, y también la fatiga de ambos combatientes; pero Roosevelt la inició, y su nombre va unido á ella y en cierto modo la simboliza.

No son óbice, por otra parte, las cualidades de luchador del Presidente americano para que éste aparezca garbado con las ramas de olivo de la paz. A pesar del progreso histórico la paz es tan difícil entre hombres y pueblos, que para imponerla ó procurarla se necesitan tal vez almas dominadoras y manos fuertes, mejor que espíritus impregnados de ternura, y renunciamiento y *diestas* que derramen las florescillas del amor humano.

Ese premio Nobel encuentra á Roosevelt en una obra de paz, tratando de conjurar la hostilidad entre uno de los pueblos á quienes pacificó un día y su propio pueblo, que se aprestan á disputarse el dominio de un mar inmenso, Pacífico de nombre, y que con su inmensidad resulta estrecho para la lucha de las nuevas razas, que pugnan por el predominio mercantil y político.

LAS ESTACIONES

I

Quince abríles virginales,
blanca tez, azules ojos,
y unos bellos labios rojos
como labios de corales,
abundante cabellera,
esbelta y lozanta;
gracia, viveza, alegría,
frescura: La Primavera.

II
Veinte años; apasionada
del esposo que la adora,
contenta, feliz, soñora,
y reina de su morada;
sol refulgente y ufano
que con sus rayos conviende
á dar vida á nueva vida
que el alma anhela: El Verano.

III
Madre tierna y amorosa
que olvida el mundo y sus galas
y que ve un niño con alas
entre sus brazos gozosa:
que arrulla al tierno retoño
con su dulce y líbico beso
mientras lleno de embeleso
feliz se duerme: El Otoño.

IV
Y la anciana venerable
que con tranquila conciencia
vistumbra de otra existencia
la vida ya perdurable,
que disfruta el goce tierno
de santa resignación
cuando tiembla una oración
en sus labios: El Invierno.

V
¡Mujer! si en pos de las huellas
de la virtud en tu vida,
pasas con la frente erguida
por estaciones tan bellas;
bendice el poder eterno
que hizo con pródiga mano
la Primavera, el Verano,
el Otoño y el Invierno.

Manuel de las Heras.

ILUSIONES

Perspectivas de Navidad

Hay que rendirse á la evidencia é ir paulatinamente apartándose de las incomodidades y molestias del ordinario batallar para sumergirse en el dulce éxtasis de las holganzas de Navidad.

La amenaza del interregno de Pascuas pende sobre todas las cabezas. Los representantes del país se apresuran para dejar lo más adelantadas posibles sus tareas legislativas, y los chocolateros activan también todo lo que pueden sus tareas de encargo.

Dentro de poco se suspenderán las sesiones de Cortes, se cerrarán los Institutos, Universidades, escuelas y colegios; dejarán de ir á la oficina los empleados de adorno y mal que bien, la inmensa mayoría de los ciudadanos pacíficos estará consagrada con alma, vida y corazón á la celebración de las solemnes vacaciones de Pascua.

El mazapán, el turrón, los aguinaldos, la sopa de almendras, el besugo, los capones, el pavo, surgen del fondo del escenario y van tomando cuerpo y acercándose á la batería. El público sonríe, palmotea, aplaude y se consagra de buena fe al disfrute de todas esas perspectivas que le hacen la boca agua.

Todo el año al yunque, siempre trabajando. ¿No ha de recibirse con los brazos abiertos ese período embriagador con el que sueñan los que por insidias de la serpiente bíblica están condenados á ganarse el pan, y también el mazapán con el sudor de sus rostros?

Lo malo es que las vacaciones suelen ser no para los laboriosos sino para los holgazanes, no para las abejas sino para los zánganos, no para las hormigas afanosas sino para las cigarras casquivanas.

Pero ello es que las vacaciones, el punto que dicen los escolares, está ya al llegar, ó al caer, como también expresa un modismo vulgar; y durante él se rendirá pleitesia á la diosa Gula, que con su séquito de manjares y golosinas á quien hace el cardo gordo es á los expendedores de purgas.

Las funciones digestivas están ame-

nazadas de trabajo extraordinario; muchas gentes que durante todo el año no han comido más que judías y repollo, verán entrar por sus puertas como recompensa de sus afanes y de sus desvelos tal cual pavo, tal cual caja de vinos generosos, algún monumento de repostería, que caerá á impulsos de la piqueta demoleadora, vulgo apetito desordenado que otros llaman hambre atrasada.

Banquetes opíparos, atracones reglamentarios, indigestiones inevitables. Eso es lo que ven ya en lontananza los médicos del cuerpo y los médicos del alma, que tienen que predicar, unos y otros, moderación y templanza en los próximos días de Navidad, propios para que chicos y grandes se refocilen echando los primeros los pies por alto, y los segundos una cana al aire.

Las fiestas y vacaciones de Navidad son el descanso de todo el año, algo así como el domingo anual, en que parece que descansan los que más trabajan, sucediendo todo lo contrario pues lo que ocurre es que son balances de fin de año, liquidaciones finales y restimenes de conjunto, hay labor extraordinaria acumulada ó como dijo el otro, tela larga que cortar; pero todo ello puede darse por bien empleado si la muerte no se muestra esquiva y ofrece por lo menos una leve compensación de alegría, siquiera sea fugaz, á las tristezas inconmensurables del ordinario vivir.

PAGINAS FEMENINAS

“CARNET” DE MODAS

Las señoras elegantes vuelven á la «compostura» no encuentro otra palabra más adecuada—de sus lindos rostros.

Según ellas, para personas poco delicadas estos afeites son verdaderos estigmas que pesan sobre una mujer, y sin embargo, ¿qué señora es la que por lo menos no se da en el semblante glicerina ó vaselina y extiende en sus mejillas unos polvos de arroz? Pues ya tenéis ahí el afeite ó la compostura del rostro.

En América, en Rusia, en Inglaterra, todas las mujeres elegantes hacen uso de los afeites sin el menor temor de ser mal miradas ni ocultándose para nada de ello.

Las «lady» más selectas y la «miss»

más reservada, no dudan en dar un poco de carmín á sus mejillas para que tengan un ligero tinte de rosa. Se considera esto como un completo de la «toilette», y el bote de rojo figura ostensible y descaradamente sobre la mesa de tocador al lado de la burla de los polvos y la barrita de cosmético.

Hacia 1820, las elegantes se pintaban de rojo los labios como se ponían los diamantes, era un detalle del tocado, siendo citadas algunas damas por la habilidad maravillosa con que sabían hacerlo las elegantes.

Vino luego la época romántica, en un «bello aire de palidez» era indispensable para estar elegante, y muchas jóvenes tomaban vinagre para palidecer, contándose que una princesa rusa se hacía aplicar todos los días una sanguijuela en el interior de la nariz para conservar la palidez de su hermoso rostro.

Después, la mayor parte de las parisenses tomaron la costumbre de pasarse por los labios ligeramente antes de salir, la barrita de rojo, y actualmente muchas mujeres de París no son menos célebres por su gracia y por su juventud como por su suerte en saber colorearse bien. Es un arte sutil y delicado de disimular.

Lo que sí es preciso para usar estos afeites es saberlos emplear muy bien, magistralmente, si no se quiere hacer un papel ridículo. En esto estriba todo el secreto.

Es preciso comenzar por hacer el fondo, extendiendo por la piel una ligerísima capa de blanco, que se seca de modo que penetre en los poros.

De esta preparación depende todo el éxito.

En seguida se limpian cuidadosamente las pestañas y las cejas del blanco; se aviva el ojo muy ligeramente y después se dá el rojo, que es el más difícil de dar.

Se ocultan las arrugas, las rugosidades, cuanto es mancha de la piel y envejece de moda horrible, y se consulta discreta y atentamente el espejo.

El arte de componerse el semblante para paseo es muy distinto, por ejemplo, del que debe emplearse para ir al teatro y si es que se decide una persona á estos delicados recursos deberá siempre emplear los preparados más caros y escogidos.

Muchas señoras se contentan en sus abluciones con extender sobre su rostro cold cream, ó una sustancia

grasa, entre las que figura en primer término la vaselina muy pura.

Enseguida se pasa un lienzo muy fino, después se dá de polvos con gran abundancia y, por último se pasa un grueso pincel de fino pelo por la cara, que queda limpia de polvos, pero con una blancura mate especial.

Haciendo esta operación diariamente, se consigue que la piel llegue á adquirir una tersura admirable, siendo éste el mejor procedimiento de todos.

Para los cabellos el agua oxigenada, la quina y el heno son los más recomendables ingredientes, y mucho más ahora en que se procura que los cabellos estén claros y sueltos.

Combinando estas sustancias de diversas maneras ó añadiéndolas una pequeñísima porción de alguna otra, sirven para cabellos blancos, rubios ó negros, siendo mucho mejor estos preparados que no los de algunos perfumistas cuyas sustancias químicas son sumamente perjudiciales.

En el Ateneo Mercantil

Conferencia del Dr. Maestre

La noche de ayer fué solemne y de gran gala para el Ateneo. La voz augusta de la ciencia, resonó con elocuentísimos y magistrales tonos en su tribuna, por órgano de un tan ilustre catedrático como el doctor D. Tomás Maestre.

Conocemos de antiguo al sabio profesor de San Carlos, y por sernos él conocido, lo son para nosotros su vaselina cultura; su talento extraordinario, su palabra brillante, lo ameno y profundo á la par de sus disertaciones. Pero confesamos, que aun así, su labor de anoche nos produjo asombro, porque fue una labor de coloso, sencillamente portentosa.

«El carácter como base de la voluntad» fue el tema de su conferencia, el que le sirvió de pretexto para discutir por los campos de la ciencias naturales y positivas, y demostró con gallardía difícilmente superable, que en esos campos no hay en el secreto, que los domina á la perfección.

Don Tomás Maestre fue anoche, no sólo el hombre de ciencia eminente, sino el gran vulgarizador científico capaz de la milagrosa labor de hacer ameno lo más árido, de traducir la técnica más difícil en lenguaje errante y hacerla penetrar así en todas las inteligencias.

24 EL MANDATO DE LA MUERTA

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 127

—Vamos no te des tanta importancia nunca—añadió.

Pero bruscamente sintióse cogido por el brazo. Daniel le apretaba fuertemente.

—Caballero—dijo,—usted se engaña... Pida usted en seguida perdón á esas señoras.

Se las nombró y le condujo á la portezuela del coche.

El joven balbuceó, y por toda disculpa, dijo:

—Pido á ustedes me perdonen, pero si las mujeres honradas se parecen á las que no lo son, ¿cómo hemos de distinguirlas?

Daniel le dejó ir y subió al coche. El cochero recibió orden de volver á la calle de Amsterdam, y sonriéndose burtonamente hizo chasquear el látigo.

Atravesaba el coche la plaza de la Concordia, cuando Daniel vió venir á una reina del mundo galante con gran estrépito. Encenésola á Juana, y dijo simplemente:

—Señorita, esa es Pomponette.

La joven miró á la mujer con quien acababan de equivocarse, y se puso muy encarnada al ver que los trajes de ambas eran iguales; la misma elegancia excéntrica, el mismo lujo indolente. En cuanto hubo llegado á casa, subió á su cuarto para llorar con desahogo y aliviar de aquella manera la ira que sentía hacia Daniel.

IX

Drado la noche en que la había hecho llorar, Daniel existió para Juana; sentía ella que había en el joven un ser diferente de los que la rodeaban; á decir verdad, más bien que atraerla, la repelía; aquel joven grave y triste, de una soledad extraña, asustaba casi; pero sabía que estaba allí, en la casa, y que le seguía por todas partes con miradas de ansiedad.

Cuando salía ella en coche, levantaba la cabeza, á pesar de que había hecho el propósito de no levantarla nunca; y entonces le veía en la ventana. Aquello le estropeaba todo su paseo. Preguntábase qué cosa podía querer de ella, había llegado hasta interrogarse, temiendo haber cometido alguna falta.

Daniel, por su parte, comprendía que la lucha había comenzado, y desempeñaba su papel mudo de precursor, como podía, con ganas de arrodillarse ante la joven y pedirle perdón por tanta avaricia. Advirtió que la dignidad y tanto enfebada del